

bienes, y se limiten á presentarse á nosotros en vanas apariencias; es un conjunto de seres resplandecientes de belleza por su armonía y por su amor, que manifestándose y comunicándose mutuamente se enderezan hacia el ideal fijado por la sabiduría y bondad de su Criador.

Probada la falta de solidez y de verdad en la doctrina esceptica tocante al conocimiento de las cosas en sí, quedan solventadas las principales dificultades alegadas por el escepticismo, y resulta que éste se halla destituido de sólido fundamento.

CAPÍTULO XXII

Del escepticismo misto

I

Los filósofos que han pretendido superar el escepticismo adoptando un criterio de la verdad y un principio de la certeza fuera de la razon, ó á lo ménos fuera de la razon teórica, no han sido ni podían ser afortunados en su empresa. En los tiempos modernos Kant y Lamennais han hecho este ensayo, y ninguno de ellos ha podido llegar á una certeza razonable.

Tocante á Lamennais hemos visto ya que en el terreno de la razon se coloca en un escepticismo universal, y que cuando pretende ir en busca de la certeza en alas de la divina revelacion, no puede servirse de estas alas, y queda aprisionado en la cárcel de la duda. (V. lib. III, cap. XIII).

Kant pretende que la razon práctica es autónoma, y que dicta la ley fundamental de la moralidad espresada en la fórmula siguiente: «Obra de tal manera que la máxima de tu vo-

luntad pueda tambien en todos tiempos servir de principio para una legislacion general (1).»

Como que esta ley moral incluye la libertad, la inmortalidad del alma humana y la existencia de Dios, la razon práctica al imponer dicha ley, supone estas tres verdades. Por eso deben ellas ser consideradas como otros tantos *postulados* de la razon práctica.

La ley moral incluye la libertad, porque mal pudiera darse á la voluntad mandato alguno si estuviera sometida á la necesidad.— Incluye tambien la inmortalidad del alma humana, porque dirige la voluntad á la consecucion del bien sumo, y por lo tanto á la santidad, á la plena conformidad de la voluntad con la ley moral. Y no pudiendo el hombre llegar á esta santidad en la vida presente, es necesario un progreso infinito para irse acercando á ella, y por consiguiente la inmortalidad del alma para realizar este progreso.— En la ley moral está incluida la existencia de Dios como causa de la felicidad comprendida en el bien sumo, asequible por el cumplimiento de dicha ley. Entre el bien moral y la felicidad ha de haber armonía, la cual es turbada por las exigencias de la materia. De aquí la necesidad de la existencia de Dios, dominador de la naturaleza ó mundo material, y dotado de inteligencia y de voluntad para asegurar aquella armonía. De este modo, segun Kant, la ley moral incluye la libertad, la inmortalidad del alma humana, y la existencia de Dios; la razon práctica al imponer aquella ley supone estas verdades, y el conocimiento de la ley moral lleva al conocimiento de las mismas (2).

El alcance de este último conocimiento lo declara Kant en varios lugares de su *Crítica de la razon práctica*. En una parte dice que la razon pura, en cuanto es práctica, ha de admitir ciertas proposiciones, «sin que por eso las vea, aunque puede ampliar su uso aplicándolas á cosas prácticas (3).» En otra par-

(1) V. *Kritik der praktischen Vernunft*; 2.^a ed. de Kirchmann, 1870, página 35.

(2) V. *Kritik der prakt. Vern.*, ed. cit., págs 50, 146, 149 y siguientes.

(3) ... Sich bescheidend (die reine Vernunft) dass dieses nicht ihre Einsichten, aber doch Erweiterungen ihres Gebrauchs in irgend einer anderen, nämlich praktischen Absicht sind. (Ibid., pág. 145).

te, tratando de la realidad objetiva de la categoría de la causalidad libre, admitida con el postulado de la libertad, añade que esta realidad objetiva corresponde también á todas las otras categorías, «pero que sólo es aplicable á las cosas prácticas, y que no ejerce el menor influjo en el conocimiento teórico de los objetos, ni hace ver lo que son por medio de la razón pura, ni en sancha aquel conocimiento (1).»

II

Estas declaraciones nos dan á conocer que Kant con sus postulados de la razón práctica no ha logrado superar el escepticismo. Puede alguien creerlo á primera vista, cuando ve á Kant hablar de la necesidad de admitir las tres doctrinas mencionadas; porque puede pensar que con esto la razón adquiere certeza de aquellas verdades, y que no está limitada á las apariencias, sinó que conoce algo de lo que son el alma humana y Dios.

Pero esta creencia fuera una ilusión desvanecida por Kant en los pasajes últimamente citados. Pretende este filósofo que para obrar hemos de suponer la libertad, la inmortalidad del alma humana y la existencia de Dios; mas no admite que veamos estas verdades. En nuestras obras hemos de conformarnos á la ley moral, y por lo tanto hemos de admitir las verdades en ella contenidas. Quedando limitada esta admisión á los usos prácticos, no sirve para una afirmación en el terreno teórico, no sirve para sostener que el alma humana sea realmente libre, inmortal, etc. Dicha admisión no ilumina el entendimiento; se estaba á oscuras ántes de los postulados de la razón práctica, y á oscuras se queda después de los postulados. No se llega,

(1) .. Objective, nur keine andere als bloß praktisch, anwendbare Realität, indessen sie auf theoretische Erkenntnisse dieser Gegenstände als Einsicht der Natur derselben durch reine Vernunft, nicht den mindesten Einfluss hat, um dieselbe zu erweitern. (Ibid., ed. cit., pág. 68).

pues, al dogmatismo, sinó que se permanece en el terreno de la duda.

Á nuestro entender, la doctrina de Kant concuerda en el fondo con la de los escépticos antiguos, diferenciándose en la forma y en el modo de esplicación. La escuela escéptica á que pertenecía Sexto Empírico, dudando de la realidad de las cosas, admitía el fenómeno; enseñaba la necesidad de obrar, y tomando por criterio la apariencia, se conformaba á ella en las obras (1). Si le aparecía bueno un objeto corporal, lo apetecía y procuraba conseguirlo. Así, pues, prácticamente suponía ser real la bondad de tal objeto, aunque en teoría dudase de la misma. Por esto es que cuando Kant, negando el conocimiento de las cosas en sí, y admitiendo el de los fenómenos, pretende que en la práctica hemos de suponer ciertas verdades, no supera á los escépticos antiguos.

Si Kant hubiese pretendido que con las conquistas de la razón práctica se ensanchaba el terreno de la razón especulativa, de modo que ésta llegaba á tener conocimiento evidente y cierto de algunas cosas en sí, esto no hubiera podido asegurarlo á ménos de ser inconsecuente. Porque la razón práctica, poniendo la ley moral, y dando ocasión de conocer la libertad, la inmortalidad del alma humana, y la existencia de Dios, á lo más puede engendrar conocimiento evidente é inclinación irresistible al asenso. ¿Y acaso no se encuentra todo esto en la razón especulativa? ¿Y no se desecha todo esto en el terreno de la especulación? Pues ¿qué valor habrá de tener en el terreno de la razón práctica?—Además, el hecho de la posición de la ley moral no lo sabemos sinó por el testimonio de la conciencia, que es un acto de la razón especulativa. Como que ésta, según la doctrina de Kant, no conoce más que los fenómenos, sólo tendremos apariencia de este hecho, y por consiguiente tampoco tendremos certeza de las verdades incluídas

(1) Criterium igitur scepticae institutionis dicimus esse id quod sensibus apparet .. Apparentibus igitur acquiescendo, ea quae ad vitam communem pertinent observantes vivimus, quia omnis actionis prorsus expertes esse non possumus. (Sext Emp.: *Pyrrhon. Inst.*, l. I, cap. 11, ed. cit.).

en el mismo. Debe, pues, renunciarse á la doctrina sobre la razon teórica, ó permanecer en el escepticismo.

Esto último, ó bien la afirmacion de un procedimiento irracional en la naturaleza humana, ha de verificarse en toda teoría que, negando á la razon especulativa la facultad de conocer con certeza la verdad, busque en otra parte el criterio de la verdad y el principio de la certeza. Puesto que ese principio estrínseco ha de ser conocido como verdadero principio de certeza ó no. Si ha de ser conocido, es imposible que lo sea segun las teorías que suponen á la razon impotente para el conocimiento de la verdad. Si no ha de ser conocido, el hombre asentirá sin saber si es legítimo el motivo de su asenso, sin saber si puede asentir ó no: lo cual no conforma con la naturaleza de un sér racional.

Así como debe ser desechado el escepticismo, así han de serlo tambien las teorías de que hemos tratado en este capítulo, pues no ofrecen medios legítimos para salir del escepticismo en que se colocan.

CAPITULO XXIII

El escepticismo, lo real y el ideal

El escepticismo, sobre ser inconsecuente y estar destituido de fundamento, exagera la pequeñez de lo real, y le estorba la direccion al ideal.

Á lo real, al sujeto que va en busca del ideal de la ciencia, el escepticismo le hace tan pobre que le supone desprovisto de criterio de la verdad y de principio de certeza. Sólo por considerarle desprovisto de estos bienes, le condena á la duda. Y no obstante, el hombre que va en busca del ideal posee estos bienes en la evidencia objetiva. Este es un hecho verdadero y

manifiesto, segun resulta de la esposicion de nuestra doctrina relativa al criterio. No pudiendo una verdad oponerse á otra verdad, el escepticismo, que está en contradiccion con nuestra doctrina, ha de ser un sistema falso. Y debe ser desechado, ya por esto, ya porque con su falsedad amengua la grandeza y dignidad del hombre, considerándole desprovisto de los medios indicados.

El escepticismo lastima tambien la dignidad del hombre, en cuanto le presenta obrando de un modo opuesto á la armonía intrínseca y estrínseca del mismo, á la que debe haber, ya entre los varios elementos y actos del hombre, ya entre el hombre y los demas seres del universo. Segun el escepticismo, el hombre tiene certeza en el órden directo, y no en gran parte del órden reflejo; la tiene tocante al fenómeno, y no tocante á las cosas en sí. ¿Y por qué tan vario modo de proceder, cuando en unos y otros casos tiene el hombre el mismo criterio, y el mismo motivo de certeza? Con tales procedimientos el hombre incurre en falta de armonía, y pierde de la dignidad y nobleza que tendría con su constancia en el legítimo proceder de adhesion á la verdad.

Las otras clases de seres tienden á unirse con los elementos que bajo algun concepto constituyen su bien ó su adelanto. Los seres inorgánicos se unen con otros de su misma naturaleza, y de este modo aumentan su volúmen; se unen con otros de naturaleza diversa, y por tales combinaciones y formacion de cuerpos compuestos contribuyen al desarrollo del mundo material. Las plantas y los animales se apropian los elementos necesarios para su nutricion y crecimiento. Y el hombre, el rey de la creacion sensible, no podrá, segun la doctrina escéptica, adherirse á la verdad, que es el bien de su inteligencia. Estará condenado á desear y buscar este bien soberano, sin que nunca tenga la fortuna de abrazarlo. Á causa de esta falta de armonía entre él y los demas seres, podrá el hombre repetir con profundo sentimiento aquellas palabras de Fr. Luís de Leon:

Y el gusanillo de la gente hollado
Un rey era, conmigo comparado (1).

El escepticismo, que de este modo empobrece al hombre en su estado de realidad, le mantendría en tal estado, impidiéndole su engrandecimiento y su dirección al ideal en el terreno de la ciencia. Si el hombre ha de profesar una duda universal, ¿cómo podrá estar seguro del bien y de la excelencia de la sabiduría para amarla, buscarla, y hacer penosos sacrificios con la esperanza de alcanzarla en grado eminente? Y aunque tuviera este amor é hiciera estos sacrificios, si al fin ha de parar en la duda, ¿cómo acrecentará su saber, y se irá acercando al grado superior del mismo? Si nuestro patrimonio es la duda, hemos de renunciar á la progresiva adquisición de la ciencia, porque ésta tiene la perfección de ser conocimiento cierto; hemos de renunciar á nuestro engrandecimiento por la aproximación al ideal de la inteligencia.

En esto se descubre una nueva destrucción de la armonía intrínseca del hombre por parte del escepticismo. El hombre aspira al ideal de la ciencia, y hace grandes esfuerzos para llegar á su gloriosa posesión. Y por el escepticismo está condenado no sólo á la privación de este ideal, mas aún á la privación de la ciencia misma. Aspira á un bien en grado altísimo, y según la doctrina escéptica ni puede alcanzar este grado, ni otro inferior, ni el más pequeño siquiera. ¡Enorme desconcierto en el interior del hombre, enorme desproporción entre sus aspiraciones y sus facultades intelectuales!

No es maravilla que un sistema que de tal suerte contradice á la naturaleza humana, y se opone á su engrandecimiento, sea rechazado por esta misma naturaleza. Á pesar de la doctrina escéptica, el hombre tiene certeza directa y refleja, la tiene constante y universalmente de innumerables hechos, principios y doctrinas. Los escépticos mismos son vencidos por la tendencia irresistible de la naturaleza, que los lleva á estar ciertos

(1) *Del conocimiento de sí mismo*. Cancion. Ed. de Rivadeneyra, pág. 16.

en el orden directo, y muchas veces en el reflejo á pesar suyo. (V. lib. III, cap. XVI).

La certeza á que nos lleva la naturaleza, la certeza por causa de evidencia objetiva, es legítima y razonable, mantiene la armonía entre los elementos y actos del hombre, no rebaja su dignidad, y le constituye en estado de progreso y engrandecimiento.

CAPITULO XXIV

De la síntesis de lo real con el ideal

I

Con la terminación del exámen del escepticismo, hemos acabado de esponer los hechos que son el resultado de la aspiración y dirección al ideal. Réstanos ahora tratar del carácter de estos hechos, y examinar si son una síntesis de lo real con el ideal.

Ante todo es indudable que tales hechos constituyen un progreso. Son dos bienes el conocimiento de la verdad, y la certeza respecto de la misma: adquirir estos bienes que ántes no se poseían, es manifiesto progreso. Y por tanto, lo es también el resultado de la aspiración y dirección al ideal, pues que trae consigo la adquisición de esos bienes intelectuales.

Este progreso no ha llegado á ser la plena consecución del ideal de la ciencia. Siendo el ideal la más alta perfección que un sér puede alcanzar, el de la ciencia respecto del hombre será la ciencia más perfecta de que el hombre sea capaz. Y como la ciencia es cosa subjetiva que termina en un objeto, su más alta perfección ha de comprender la más alta perfección bajo los dos aspectos subjetivo y objetivo. Así, pues, el ideal

de la ciencia comprende, por parte del objeto, la mayor estension posible ; y por parte del sujeto, la mayor reduccion á la unidad, y la mayor claridad posibles. Es manifiesto que en faltando alguna de estas cosas, no se tiene la más alta perfeccion, y por consiguiente no se ha llegado plenamente al ideal.

Y esto es lo que ha sucedido al hombre en órden á la ciencia. Basta tener presente la inmensidad de los espacios celestes que el hombre apenas ha podido observar, para quedar cierto de que su ciencia no ha llegado á la mayor estension posible. Basta considerar cuántos principios y leyes generales podrá el hombre descubrir estudiando los objetos abstractos, los hechos y leyes especiales, para conjeturar fundadamente que está distante de haber reducido sus conocimientos á la mayor unidad posible. Bien quisiéramos poder consignar el hecho opuesto, y atribuir al hombre la gloria de haber alcanzado plenamente el ideal de la ciencia, pero nos alejaríamos de la verdad, si profesáramos tal doctrina, y la verdad es lo que siempre hemos de buscar.

II

Este amor á la verdad nos obliga tambien á confesar que el hombre con sus fuerzas naturales no alcanza ni puede alcanzar el conocimiento de una verdad de la cual deduzca toda su ciencia. Se hará manifiesta esta doctrina atendiendo que los conocimientos que el hombre puede adquirir con sus fuerzas naturales, están comprendidos en los tres momentos, empírico, abstractivo y deductivo; y que en ninguno de éstos se halla una verdad de la que el hombre pueda deducir todas las demas.

Empecemos por el exámen de las verdades del momento empírico. Cada una de estas verdades es un hecho que ha sido objeto de observacion. Y tales hechos son cosas individuales y en ninguna de ellas ve el hombre la individualidad de los demas. Observamos objetos corporales, propiedades y relacio-

nes de los mismos, el Yo, actos de percepcion, de sensacion, de pensamiento y de voluntad. Cada uno de estos objetos tiene su determinacion propia, que le distingue de los demas, y que en vano trataremos de ver en otro semejante. Si con un acto de vision corporal vemos únicamente el árbol *A*, no lograremos ver en él, por más que lo pretendamos, la individualidad de otro árbol de la misma clase, mas para ello necesitaremos de un nuevo acto de percepcion. Lo mismo sucede en todos los demas casos de observacion: para el conocimiento de nuevos individuos son necesarios nuevos actos perceptivos, los cuales no son una deduccion de actos perceptivos anteriores, y por lo tanto no consienten la reduccion de la ciencia á un solo conocimiento.

Una cosa semejante podemos decir á causa de los seres simples y de sus compuestos, que en tan crecido número se hallan en el universo. Fijémonos un momento en las combinaciones químicas, y veamos si podemos reducir á uno solo el conocimiento de los cuerpos simples y el de sus compuestos. El conocimiento del agua, por ejemplo, ¿nos bastará para conocer el hidrógeno y el oxígeno que la componen? Ciertamente no. Mientras no veamos aislados estos dos elementos, permaneceremos sin conocerlos aunque tengamos bien conocido su compuesto. Para éste un conocimiento; para los simples otro que no se deduce del primero, sinó que es una nueva observacion.

Á esto debe añadirse que el universo ha pasado por una serie de transformaciones de las cuales dan indicio la astronomía, la geología y la paleontología. En esta serie de estados ó condiciones en que se ha encontrado el universo, no hay uno cuya percepcion baste al hombre para conocer todas las demas. No le hubiera bastado la percepcion del estado primitivo, porque aun cuando el hombre en virtud de esta percepcion hubiese llegado á conocer todo el desarrollo *posible* del mundo material, no habría conocido la realidad de todo ese desarrollo. Ignora el hombre si la Sabiduría divina, que ha creado y ordenado libremente el universo, querrá todo el desarrollo posible ó algunos grados no más. La resolucion tomada por la

Sabiduría divina debe el hombre conocerla mediante la percepción de nuevos hechos, que no está contenida en la percepción del estado primitivo. Además, en virtud de la percepción de ese estado no pudiera el hombre conocer los demás á causa de la individualidad de los mismos. Así, caso que hubiera podido tener alguna percepción del estado primitivo de la materia envuelta en profundas tinieblas, no por eso hubiera tenido conocimiento de la luz: quedara como el ciego de nacimiento, que no la conoce porque no ha podido verla.

Si la percepción del estado primitivo del mundo material no hubiera bastado al hombre para conocer todos los demás estados, tampoco le bastaría la de alguno de los estados posteriores. Porque no vemos una conexión necesaria entre ellos de modo que la percepción del uno nos suministre fundamento suficiente para deducir la realidad de los demás. Así, por ejemplo, el conocimiento de las actuales especies del reino animal no basta al hombre para deducir la existencia pasada de todas las especies estinguídas; puesto que sin la existencia de éstas pudieran existir aquéllas: así como las primeras especies aparecieron sin precursor alguno, así también pudieran existir las actuales sin la precedencia de las estinguídas. De esto resulta que la multiplicidad de transformaciones y estados del mundo material, si ha de ser conocida por el hombre, exige multiplicidad de conocimientos en el mismo, y no permite su reducción á uno solo.

Por fin, nos lleva á idéntico resultado el exámen de las relaciones de la experiencia esterna con la interna. Hay hechos observados por la conciencia (actos de entendimiento, y de voluntad libre, por ejemplo), los cuales siendo dependientes del libre albedrío, no están contenidos en ningún hecho de observación esterna. Pudieran verificarse todos los hechos de esta última clase, sin verificarse muchos de la otra; y por lo tanto, no basta ninguno de los primeros para deducir los segundos. Además de que, todo hecho interno es debido á un principio diferente de las cosas exteriores y no contenido en las mismas. De aquí proviene que para conocer que nosotros pensamos, queremos, etc., no basta conocer los hechos de observación

esterna, sino que necesitamos dirigir la observación á nuestro Yo y á su actividad.—Estas dos consideraciones, que prueban la imposibilidad de ver en un hecho esterno todos los hechos empíricos, valen también respecto de los hechos internos, y prueban la imposibilidad de ver todos los hechos empíricos en un hecho de observación interna. Pues que también muchos hechos exteriores carecen de relación con el sujeto que se observa á sí mismo; y todos son debidos á un principio distinto de este sujeto.

Conforme queda probado en las consideraciones precedentes, no puede el hombre deducir todos sus conocimientos de uno solo perteneciente al momento empírico. Otras probarán que tampoco puede deducirlos de uno solo perteneciente al momento abstractivo. Este momento es derivado, en cuanto supone algún conocimiento empírico que sirva de base á la abstracción. Primero se observa, después se abstrae algo del objeto observado, y entonces se contempla el objeto abstracto. Por consiguiente, un conocimiento abstractivo no puede ocupar el lugar primero y ser la fuente de donde se deriven todos los demás conocimientos.—Tampoco puede serlo á causa de su generalidad, por cuya razón no hace ver las individualidades del primer momento. La contemplación del ser, de la causa, del espacio, etc., no nos lleva al conocimiento de los seres, causas, y espacios particulares que podemos percibir mediante los sentidos. Además de la contemplación del objeto abstracto es necesario otro conocimiento que verse sobre lo individual.—Finalmente, las verdades del momento deductivo que consisten en un principio obtenido por la inducción, ó en hechos particulares, no pueden ser vistas en una sola verdad del momento abstractivo; toda vez que suponen el conocimiento de uno ó muchos hechos individuales. Para llegar al conocimiento de la virtud medicinal de una especie de plantas no nos basta un principio del momento abstractivo, sino que necesitamos la observación de muchos casos especiales de aquella virtud medicinal. Y así, por todos estos conceptos es necesaria la multiplicidad de conocimientos en la ciencia del hombre.

Esta misma necesidad de conocimientos múltiples se en-

cuentra tambien en el momento deductivo. Las verdades de este momento son derivadas, y suponen otras de los dos momentos anteriores. Por tanto, mal podrán ellas ser el origen de los demas conocimientos. — Si las verdades del momento deductivo son hechos particulares, no nos bastan para ver los demas hechos de la misma naturaleza; si son principios generales, no nos bastan para ver individualidad alguna. De lo cual resulta que el momento deductivo no puede suministrar una verdad que para nosotros sea origen de todas las demas.

No encontrando el hombre semejante verdad en ninguno de los tres momentos de la ciencia que puede alcanzar con sus fuerzas naturales, ha de resignarse á una ciencia que se aproxime á esta suprema unidad, pero que en mayor ó menor grado contenga multiplicidad de conocimientos.

Una aproximacion al ideal de la ciencia podrá el hombre esperarla, dada la muchedumbre de adelantos realizados ya, y la que indudablemente se realizará en lo sucesivo. Basta considerar el crecido número de sabios que se dedican á la ciencia y los medios de que disponen, para conocer la posibilidad de un progreso incalculable. Muchísimos y de gran variedad de talentos son los sabios que se desviven por la ciencia. Casi todos los días aumentan ó se perfeccionan los medios de promover sus adelantos: instrumentos físicos, riquezas, obras científicas, literarias y artísticas, mayor facilidad de comunicaciones. Dadas estas condiciones, ¿quién podrá calcular la estension y la universalidad á que llegarán nuestros conocimientos despues de un largo período de tiempo?

CAPÍTULO XXV

El filósofo cristiano y el ideal

I

¿Será tan poco afortunado el hombre, que ni en esta vida ni en otra venidera puede alcanzar el ideal de la ciencia? ¿Acaso al penetrar en los umbrales de la eternidad, habrá de oír el terrible: «lasciate ogni speranza»?

El filósofo cristiano sabe que afortunadamente no será así. La razon enseña que el hombre está destinado á la felicidad. El hombre naturalmente desea ser feliz, y hace continuos esfuerzos para alcanzar la felicidad. El hombre aspira á lo infinito; y por esto no queda satisfecho con los bienes limitados, por esto despues de la posesion de muchos de ellos va en busca de bienes ulteriores que le den el reposo anhelado. Esta felicidad la ha de encontrar el hombre en la posesion de Dios por medio del conocimiento y del amor; y de hecho la alcanzará, si no pone impedimento por su parte. Dios, que ha dado al hombre la aspiracion á la felicidad y á lo infinito, no se la ha dado en balde, ni se la ha dado para atormentarle; lo cual acontecería, si el hombre sin su culpa no pudiera realizarla.

El cristianismo pasa más allá, y enseña que el hombre está destinado á la bienaventuranza sobrenatural, que consiste en la vision de Dios tal como es en sí, y en el amor y gozo consiguientes á esta vision. No es un conocimiento cualquiera, sino el conocimiento intuitivo del Sér infinito, el que ha de alcanzar el hombre, si pone los medios ordenados por la sabiduría y bondad de Dios.

La intuicion del Sér infinito es el supremo ideal de la ciencia. En esta intuicion hay estension objetiva dilatadísima, cual no puede obtenerse por ningun otro medio; hay concen-